

«YO SOY LA VID VERDADERA, Y MI PADRE ES EL LABRADOR..., VOSOTROS LOS SARMIENTOS»

(Jn 15, 1-17)

Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador. A todo sarmiento que no da fruto en mí lo arranca, y a todo el que da fruto lo poda, para que dé más fruto. Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he hablado; permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada. Al que no permanece en mí lo tiran fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen y los echan al fuego, y arden. Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que deseáis, y se realizará. Con esto recibe gloria mi Padre, con que deis fruto abundante; así seréis discípulos míos. Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud. Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer. No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca. De modo que lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo dé. Esto os mando: que os améis unos a otros. (Jn 15, 1-17)

El evangelista Juan, como es sabido, retoma y transforma metáforas y símbolos del Antiguo Testamento. Para él, la historia de Dios con el pueblo de Israel es como una prefiguración de lo que será la realidad, en la plenitud de los tiempos, en el acontecimiento culminante de Jesús de Nazaret, el Mesías, el Hijo de Dios. Él es la Palabra que se hizo carne, Él es el cumplimiento de las promesas, pero con una novedad sorprendente e inimaginable. Por esta razón he creído oportuno iniciar nuestra meditación, contemplando y gustando algunos textos de la fe del pueblo de Israel, elegido por Dios para ser bendición de las naciones. Pero antes, quiero hacer una observación, a mi juicio, importante.

Jesús, en esta mañana, sigue diciéndonos a sus discípulos, como lo hiciera en la intimidad del cenáculo: «Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud.» (Jn 15, 11) Jesús, en la plenitud de los tiempos, vino al mundo para darnos «vida en abundancia», para comunicarnos «la verdad que libera», para hacernos partícipes de «su alegría filial». Pero nunca deberíamos olvidar que la alegría de Jesús es «la alegría pascual», como veremos más adelante.

En verdad, en verdad os digo: vosotros lloraréis y os lamentaréis, mientras el mundo estará alegre; vosotros estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría. La mujer, cuando va a dar a luz, siente tristeza, porque ha llegado su hora; pero, en cuanto da a luz al niño, ni se acuerda del apuro, por la alegría de que al mundo le ha nacido un hombre. También vosotros ahora sentís tristeza; pero volveré a veros, y se alegrará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestra alegría. (Jn 16, 20-22)

Si queremos evitar los simplismos e ideologías, poco importa del signo que sean, es de todo punto necesario adentrarnos en la paradoja divina: la tristeza y la alegría conviven en Jesús.

I.- ISRAEL: LA VIÑA PLANTADA Y CULTIVADA POR EL SEÑOR

Hagamos un rápido recorrido por el Antiguo Testamento. *La fe israelita tenía una clara conciencia de ser la viña plantada y cultivada por el Señor.* Era una metáfora propia de la cultura agrícola. De la cultura seminómada provenía la metáfora del rebaño: Israel era el rebaño de Dios y Dios su pastor.

Según la Biblia, Noé, el hombre justo y salvado por Dios de las aguas del diluvio, fue el primero en plantar una viña. Era un nuevo comienzo de la humanidad tras el diluvio. Dios bendice de nuevo el trabajo y la iniciativa del hombre. El fruto de la vid, el mosto, es don de Dios y tarea del hombre (cf. Sal 104, 13-15), un fruto que alegra a dioses y hombres (cf. Jue 9, 13). La viña es un símbolo de la bendición de Dios; quien oprima, por tanto, al pobre o sea infiel a Dios, no beberá de su fruto (cf. Am 5, 11; Sof 1, 13; Dt 28, 39).

Pero el fruto de la viña, como recuerda Génesis 9, 20-28, puede tener consecuencias traumáticas. Noé se embriagó. No conocía todavía las consecuencias del fruto que él mismo había producido con la bendición de Dios. La reacción de uno de sus hijos fue objeto de maldición, expresión, una vez más, del corazón enfermo de la humanidad.

Noé era agricultor y fue el primero en plantar una viña. Bebió del vino, se emborrachó y quedó desnudo dentro de su tienda. Cam, padre de Canaán, vio a su padre desnudo y salió a contárselo a sus dos hermanos. Sem y Jafet tomaron el manto, se lo echaron ambos sobre sus hombros y, caminando de espaldas, taparon la desnudez de su padre; como tenían el rostro vuelto, no vieron desnudo a su padre. Cuando Noé se despertó de la borrachera y se enteró de lo que había hecho con él su hijo menor, dijo: «Maldito sea Canaán. Sea el último siervo de sus hermanos». Y añadió: «Bendito sea el Señor, Dios de Sem. Sea Canaán su siervo. El Señor haga fecundo a Jafet, y more en las tiendas de Sem y sea Canaán su siervo».

El símbolo de la viña es, en última instancia, expresión de un Dios que ama y cuida de su pueblo. Él dio a su pueblo una tierra rica en viñas. Vivir bajo la parra y la higuera es la manifestación de la existencia del pueblo en paz y prosperidad, como ocurrió en tiempo de Salomón (cf. 1R 5, 5).

El fruto de la viña, en algunos textos del Antiguo Testamento, se presenta como símbolo de *la alegría mesiánica*, un hecho a tener presente a lo largo de la meditación.

En los días futuros estará firme el monte de la casa del Señor; en la cumbre de las montañas, más elevado que las colinas. Hacia él confluirán todas las naciones, caminarán pueblos numerosos y dirán: «Venid, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob. Él nos instruirá en sus caminos y marcharemos por sus sendas; pues de Sión saldrá la ley, la palabra del Señor, de Jerusalén». Juzgará entre muchas naciones, será árbitro de pueblos poderosos y lejanos. De las espadas forjarán arados, de las lanzas, podaderas. No alzaré la espada pueblo contra pueblo, no se adiestrarán para la guerra. Cada cual habitará bajo su parra y su higuera, sin sentirse molestado por nadie. ¡Lo ha dicho el Señor del universo! Si todas las naciones van tras sus dioses, nosotros caminamos en el nombre del Señor, nuestro Dios, por siempre jamás. (Miq 4, 1-5; Zac 3, 10; 8, 12; Am 9, 14)

El profeta Oseas se sirvió de la metáfora de la viña para recordar a Israel que Dios lo había plantado como su pueblo en medio de las naciones. Pero Israel, al prosperar, rompió la relación de la alianza; y, por su culpa se convirtió en una viña arrasada. Olvidó ser fruto de

la acción de Dios y atribuyó a su esfuerzo y a sus «amantes» (los ídolos) su prosperidad (cf. Os 2, 1-15; 10, 1ss). El salmista oraba:

Dios del universo, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve. Sacaste una vid de Egipto, expulsaste a los gentiles, y la trasplantaste; le preparaste el terreno, y echó raíces hasta llenar el país; su sombra cubría las montañas, y sus pámpanos, los cedros altísimos; extendió sus sarmientos hasta el mar, y sus brotes hasta el Gran Río. ¿Por qué has derribado su cerca para que la saqueen los viandantes, la pisoteen los jabalíes y se la coman las alimañas? Dios del universo, vuélvete: mira desde el cielo, fíjate, ven a visitar tu viña. Cuida la cepa que tu diestra plantó y al hijo del hombre que tú has fortalecido. La han talado y le han prendido fuego; con un bramido hazlos perecer. Que tu mano proteja a tu escogido, al hombre que tú fortaleciste. No nos alejaremos de ti: danos vida, para que invoquemos tu nombre. Señor, Dios del universo, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve. (cf. Sal 80 [79], 8-20).

Isaías y Jeremías desarrollaron algunos elementos esenciales de la metáfora, que luego el salmista hizo suyos. Israel es la viña del Señor. Él la plantó y, por tanto, es su propiedad. La plantó para que diera fruto bueno y abundante, frutos de vida, justicia, paz y alegría. Pero no fue así. Dios se lamenta e interroga al pueblo infiel: ¿qué más pudo hacer por su viña? Esperaba de ella buenos frutos, pero la realidad es muy otra.

Voy a cantar a mi amigo el canto de mi amado por su viña. Mi amigo tenía una viña en un fértil collado. La entrecavó, quitó las piedras y plantó buenas cepas; construyó en medio una torre y cavó un lagar. Esperaba que diese uvas, pero dio agrazones. Ahora, habitantes de Jerusalén, hombres de Judá, por favor, sed jueces entre mí y mi viña. ¿Qué más podía hacer yo por mi viña que no hubiera hecho? ¿Por qué, cuando yo esperaba que diera uvas, dio agrazones? Pues os hago saber lo que haré con mi viña: quitar su valla y que sirva de leña, derruir su tapia y que sea pisoteada. La convertiré en un erial: no la podarán ni la escardarán, allí crecerán zarzas y cardos, prohibiré a las nubes que lluevan sobre ella. La viña del Señor del universo es la casa de Israel y los hombres de Judá su plantel preferido. Esperaba de ellos derecho, y ahí tenéis: sangre derramada; esperaba justicia, y ahí tenéis: lamentos. (Is 5, 1-7; cf. Jer 2,21; 5,10; 6,9; 12,10; Ez 15,1-8; 17,3-10; 19,10-14; Is 27,2-5; Mt 21,18s.33-44; Jn 15,1s.)

Dios liberó a Israel de la esclavitud, lo introdujo en tierra fértil y buena, permaneció fiel a su alianza, hizo todo lo posible para que diera frutos buenos y abundantes; la realidad era decepcionante (cf. Jer 2, 21; Ez 19, 12; Sal 89, 16-17). ¿Por qué este fracaso? Los profetas indagaron y denunciaron las causas por las que el pueblo plantado por Dios con tanta solicitud no produjo el fruto deseado.

Ellos ven como una primera causa a los ancianos y gobernantes del pueblo. El Señor «se querella contra los ancianos y gobernantes de su pueblo: “Vosotros habéis devastado la viña, los despojos de los pobres están en vuestras casas. ¿No os importa oprimir a mi pueblo, hacer añicos a los pobres?” Oráculo del Señor, Dios del universo.» (Is 3, 14-15)

Jeremías, por su parte, acusa al conjunto del pueblo de infidelidad. «Tus hijos me han abandonado... Subid por las hileras de la viña, destruid, pero no aniquiléis; podéis arrancar sus sarmientos, pues ya no son del Señor. ¡Qué bien han sabido traicionarme la casa de Judá y de Israel... Han renegado del Señor...» (Jer 5, 1-19) Los hijos de Israel, los sarmientos de la viña plantada por Dios fueron detrás de otros dioses, renegaron de su Señor. Esos sarmientos deben ser arrancados. Dios mantiene un diálogo dramático con el profeta a causa del pueblo infiel (cf. Jer 6, 9-21).

A causa de la infidelidad de los pastores, de los falsos profetas y del propio pueblo, Dios se lamenta ante el sufrimiento de pueblo que ellos mismos se han acarreado. El sufrimiento es consecuencia del pecado; pero Dios los recreará una vez más. Escuchemos lo que dice el Señor acerca de su viña y su futuro por medio de los profetas Isaías y Jeremías:

Aquel día cantaréis a la viña deliciosa: Yo, el Señor, soy su guardián. Con frecuencia la riego. Para que nadie la dañe, la vigilo noche y día. Ya no estoy enfadado. Si me diera zarzas y cardos, combatiría contra ellos, los quemaría todos juntos. Pero no se acoge a mi cuidado. ¡Que haga la paz conmigo! ¡Que conmigo haga la paz! Llegarán días en que Jacob echará raíces, Israel echará brotes y flores, y sus frutos llenarán el mundo. (Is 27, 1-6)

He abandonado mi casa, he desechado mi heredad, he entregado al amor de mi alma en manos de sus enemigos. Mi heredad se portaba conmigo como un león en la espesura que lanzaba sus rugidos contra mí. Por eso la he detestado. Mi heredad es cueva de hienas, con los buitres girando sobre ella. ¡Venid, fieras agrestes, venid, acercaos a comer! Entre tantos pastores destrozaron mi viña, pisotearon mi parcela; convirtieron mi parcela escogida en una estepa desolada. La dejaron desolada, yerma, y se duele desolada ante mí. ¡Todo el país desolado, y nadie se detuvo a pensarlo! Por todas las dunas de la estepa van llegando saqueadores: la espada del Señor devora el país de punta a punta; ¡no hay paz para nadie! Sembraron trigo y cardos segaron; quedaron baldados en balde. ¡Qué miseria de cosecha por la ira ardiente del Señor! Esto dice el Señor a todos los malos vecinos que echaron mano de la heredad que di a mi pueblo, Israel: «He decidido arrancarlos de su tierra, pero arrancaré también de en medio de ellos a la casa de Judá. Pero, después de haberla arrancado, volveré a compadecerme de ellos y los haré volver a su heredad, cada cual a su terruño. Y, si de verdad aprenden la costumbre de mi pueblo de jurar por mi nombre: “Por vida del Señor”, del mismo modo que habían enseñado a mi pueblo a jurar por Baal, los dejaré vivir entre mi pueblo. En cambio, arrancaré y destruiré a la nación que no me escuche —oráculo del Señor—. (Jer 12, 7-16)

Dios llora por la suerte de su viña (cf. Jer 48, 32). Jesús, como sabemos, lloró ante la suerte que esperaba a la ciudad santa, por causa de los pastores que buscaban apropiarse de la viña del Señor (cf. Mt 21, 33-46 pp.), y por causa del pueblo que también rechazaba al que venía en nombre de Dios para consolarlo (cf. Lc 13, 34-35: 19, 41-43). *El drama de Israel es el drama de Dios*. Es un misterio que conviene meditarlo sin cesar.

A través de la metáfora de la viña, los profetas narran la historia de la elección y alianza de Dios con su pueblo. Israel debía dar un fruto bueno y abundante, para gloria de quien lo había elegido, liberado y formado. En los evangelios sinópticos, la viña sigue designando a Israel, pero también se presenta como una metáfora del reino de Dios (cf. Mt 20, 1-8; 21, 28-41) Pasemos ahora a meditar el relato de Juan.

II.- «YO SOY LA VID VERDADERA, Y MI PADRE ES EL LABRADOR »

Como consta por los evangelistas sinópticos, Jesús retomó ya de alguna forma la metáfora de la viña. En la parábola de los «labradores homicidas», estos buscaron apropiarse de los frutos de la viña y de la misma viña, dando muerte «al hijo heredero» enviado por el dueño, pensando que lo respetarían. Marcos, después de narrar la parábola de Jesús, comenta: «Intentaron echarle mano, porque comprendieron (los sumos sacerdotes, escribas y ancianos) que había dicho la parábola por ellos; pero temieron a la gente y, dejándolo allí, se marcharon.» (cf. Mc 12, 1-12). ¡La tentación persiste! También hoy hay quienes buscan apropiarse de los frutos y de la misma viña del Señor.

Jesús, en el cuarto evangelio, se sirve de la metáfora de la viña en un contexto diferente. Lo hace en la intimidad del cenáculo con los suyos. Es el momento de su paso de este mundo al Padre. Habla a los que han creído en él y le han seguido, a los que ha invitado a celebrar la Pascua. Tratemos de comprender, paso a paso, la novedad que Jesús nos revela.

«Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador» (Jn 15, 1)

Los discípulos, que habían oído las parábolas del reino de Dios, al escuchar la afirmación del Maestro: «yo soy la verdadera vid», pensarían, sin duda alguna, en el atrevimiento y la novedad del «hijo del carpintero». Se presentaba como la personalización del verdadero Israel. La novedad es sin paliativos. El pueblo de Israel, «el primogénito» de Dios (cf. Ex 4, 22), no era más que figura o tipo. La realidad o antitipo es Jesús. He aquí una afirmación de una novedad inaudita e insospechada. Ella orienta la vida de la humanidad, como veremos en seguida. Un descendiente de Israel se presenta ahora como la vid de la que brota el nuevo Israel. ¡Maravillosa y genial transformación de la metáfora!

Pero esta novedad, queda completada y consolidada con esta otra afirmación: «y mi Padre el labrador». El labrador es el mismo: Dios; pero Jesús lo presenta como su Padre. La continuidad entre pasado, presente y futuro queda garantizada. El origen y la meta es el Padre. Ya para Israel Dios era como un padre; en él tenía su origen.

Jesús es la vid plantada por el Padre. Él es el Hijo enviado al mundo en la carne para producir el fruto apetecido por el Labrador divino. El evangelista Juan no cesa a lo largo de su evangelio, de presentar a Jesús como el enviado al mundo por el Padre, para consumir la obra misma del Padre, para dar cumplimiento de una vez para siempre a su designio salvador. La conciencia que Jesús tenía de ser enviado por el Padre, se expresa bien esta afirmación: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra» (Jn 4, 34) «Mi Padre sigue hasta el presente obrando, y yo también obro». (Jn 5, 17)

Dios permaneció siempre fiel a la humanidad, pues no puede negarse a sí mismo, como enseña el apóstol. «Si somos infieles, él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo». (2Tim 2, 13) Ante la infidelidad persistente de la humanidad, el «labrador divino» plantó en el mundo la vid verdadera, esto es, envió a su Hijo en la carne, que da el fruto bueno, abundante y perenne deseado por el Labrador divino. La plenitud de los tiempos de Dios llegó con la encarnación del Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley. (cf. Gal 4, 4-6)

El Padre es el origen de todo. Su amor lo puede todo. Es la fuente de la vida. Plantó la Vid verdadera en el mundo, para que el fruto de la salvación alegrase a la humanidad entera. Por Jesús llegó el vino bueno y abundante de los tiempos mesiánicos. La alegría entró en el mundo por el nacimiento y pascua de Jesucristo, el enviado del Padre. El Padre, en su amor inaudito, nos dio a su Hijo como propiciación por nuestros pecados, para que vivamos por él (cf. 1Jn 4, 7-10). Los ángeles anunciaron a los pastores el nacimiento de Jesús de María con estas palabras: «No temáis, os anuncio una buena noticia que será de gran alegría para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor...» (Lc 2, 10ss) Y un ángel es también el que anuncia a las mujeres, que iban a ver el sepulcro de madrugada, que Jesús ha resucitado como lo había predicho:

Pasado el sábado, al alborar el primer día de la semana, fueron María la Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. Y de pronto tembló fuertemente la tierra, pues un ángel del Señor, bajando del cielo y acercándose, corrió la piedra y se sentó encima. Su aspecto era de relámpago y su vestido blanco como la nieve; los centinelas temblaron de miedo y

quedaron como muertos. El ángel habló a las mujeres: «Vosotras no temáis, ya sé que buscáis a Jesús el crucificado. No está aquí: ¡ha resucitado!, como había dicho. Venid a ver el sitio donde yacía e id aprisa a decir a sus discípulos: “Ha resucitado de entre los muertos y va por delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis”. Mirad, os lo he anunciado». Ellas se marcharon a toda prisa del sepulcro; llenas de miedo y de alegría corrieron a anunciarlo a los discípulos. (Mt 28, 1-8)

Jesús, al presentarse como la vid verdadera, se autoafirma como el comienzo del pueblo mesiánico de los últimos tiempos, del que los profetas hablaron. Los frutos de justicia que Dios esperaba serán ahora ubérrimos. *De esta Vid brotarán los sarmientos portadores del fruto bueno, abundante y perenne.*

«A todo sarmiento que no da fruto en mí lo arranca, y todo el que da fruto lo poda, para que dé más fruto» (v. 2)

La actividad del Padre, del labrador divino, se centra ahora, ante todo, en los sarmientos, pues de la Vid verdadera han brotado ya los sarmientos. Es interesante notarlo. La Vid verdadera, plantada en la carne, ha resucitado y vive en los sarmientos, en la comunidad apostólica. El labrador cuida activa y solícitamente de ella. Al sarmiento que no da fruto, lo arranca. Al que ya da fruto lo poda, para que dé más fruto. Es el tiempo de la gracia. Se está realizando la actividad del Labrador divino, proclamada por los profetas.

El Padre, como hizo antaño con Israel, plantó su viña y la sigue cuidando, como sucede hoy. El Labrador garantiza de esta forma la fecundidad de la Pascua del Hijo. Jesús remite siempre al Padre y a su acción. Él recibe los discípulos del Padre y a él se los confía para que den fruto (cf. Jn 17, 11ss). Nadie va a él, si el Padre no lo atrae (cf. Jn 6, 44.45). San Pablo expresa la misma perspectiva en estos términos: «Si alguno está en Cristo es una criatura nueva. Lo viejo ha pasado, ha comenzado lo nuevo. Todo procede de Dios, que nos reconcilió consigo por medio de Cristo y nos encargó el ministerio de la reconciliación. Porque Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirles cuenta de sus pecados, y ha puesto en nosotros el mensaje de la reconciliación». (2Cor 5, 17-19)

El Padre quiere, y por ello vela y actúa, que no se pierda el fruto de su Vid verdadera, la que plantó en el mundo al enviar a su Hijo en la carne. Si «fracasó», si así podemos hablar, con el Israel según la carne, ahora trata de evitarlo, arrancando los sarmientos dañados, y podando a los que no dan fruto. Jesús dijo: «Mi Padre sigue actuando, y yo también actúo» El hacer del Padre y del Hijo acontece en la comunión (Jn 5, 17-20) del Espíritu. El cristiano tienen su existencia en Cristo, como el sarmiento en la vid. La inteligencia de la fe irá comprendiendo de forma progresiva esta verdad liberadora.

«Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he hablado; permaneced en mí, y yo en vosotros» (v. 3-4a)

Jesús, en la intimidad del cenáculo, se dirigía a los discípulos, que habían creído en él, pero su fe era frágil y vacilante. Al acoger su palabra se habían adherido a él, injertados en él, participaban ya de alguna manera de su santidad, pues lo habían confesado como el Santo de Dios. En este sentido estaban limpios por la palabra de Jesús, que es Espíritu y vida.

La segunda afirmación: «permaneced en mí, y yo en vosotros» es determinante para una mejor comprensión del discipulado. El discípulo no es un simple seguidor de Jesús. Entre él y el discípulo debe reinar la inmanencia mutua, como acontece entre el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo. (cf. Jn 14, 20) La fe en Jesús alcanza su cima en la comunión.

Permanecer es la palabra clave del discípulo que da su fe a Jesús, el Santo de Dios. El discípulo, como el sarmiento, tiene su origen en la Vid verdadera, en la Palabra del Padre.

La fe en Jesús es el comienzo de la vida del discípulo. La comunión en el amor es la cima de la existencia del discípulo. Todo este proceso tiene su origen, guía y meta en el amor del Padre. Él es quien da los discípulos a su Hijo. La obra del Padre es conducir a la fe en el que él ha enviado (cf. Jn 6, 29). El Padre atrae a todos hacia el Hijo. El Espíritu nos injerta en la Vid verdadera.

Y porque, atraídos por el Padre, se han fiado y entregado a la Palabra, los discípulos son los portadores del fruto bueno, abundante y perenne de la Vid fecunda. La palabra venida de Dios, como enseña el profeta, purifica y fecunda la tierra (cf. Is 55, 11)

En esta perspectiva se mueve la primera carta del apóstol Pedro cuando afirma: «Ya que habéis purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad hasta amaros unos a otros como hermanos, amaos unos a otros con una entrega total, pues habéis sido regenerados, pero no a partir de una semilla corruptible sino de alfo incorruptible, mediante la palabra de Dios viva y permanente, porque toda carne es como hierba y todo su esplendor como flor de hierba: se agosta la hierba y la flor se cae; pero la palabra del Señor permanece para siempre. Pues esa es la palabra del Evangelio que se os anunció.» (1P 1, 22-25)

III.- «YO SOY LA VID, VOSOTROS LOS SARMIENTOS»

Jesús, a continuación, pasa a desarrollar la relación que los discípulos están llamados a mantener con él, en cuanto es el Viviente, la Vid verdadera. Veámoslo de forma sucinta.

Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. (v. 4b)

Jesús afirma, ante todo, que el sarmiento no puede dar fruto por él mismo. La existencia y la vida le viene de la cepa. Es una afirmación capital para avanzar en la dependencia y la humildad, para evitar la tentación propia del «yo» que busca afirmarse, aun cuando esto lo haga a través del cumplimiento de la ley o el cultivo de unos valores. El seguimiento de Jesús es gracia. La santidad es regalo divino. La gracia actúa en el discípulo. Pablo escribe: «Trabajad por vuestra salvación con temor y temblor, porque es Dios quien activa en vosotros el querer y el poder para realizar su designio de amor» (Flp 2, 12b-13) «En efecto, por gracia estáis salvados, mediante la fe. Y esto no viene de vosotros es don de Dios. Tampoco viene de las obras, para que nadie pueda presumir. Somos, pues, obra suya. Dios nos ha creado en Cristo Jesús, para que nos dediquemos a las buenas obras, que de antemano dispuso él que practicásemos». (Ef 2, 8-10)

Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada. (v. 5)

Jesús vuelve a insistir en la relación que nos constituye como discípulos y comunidad de discípulos. Ni personal ni comunitariamente produciremos el fruto deseado y esperado por Dios, si no permanecemos en él y él en nosotros, *si no somos uno en Cristo*. Pablo enseña esta misma perspectiva, a partir de la espiritualidad del bautismo.

Antes de que llegara la fe, éramos prisioneros y estábamos custodiados bajo la ley hasta que se revelase la fe. La ley fue así nuestro ayo, hasta que llegara Cristo, a fin de ser

justificados por fe; pero una vez llegada la fe, ya no estamos sometidos al ayo. Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. Cuantos habéis sido bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo. No hay judío y griego, esclavo y libre, hombre y mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si sois de Cristo, sois descendencia de Abrahán y herederos según la promesa. (Gal 3, 23-29)

Pablo habla de revestirse de Cristo, de ser uno en Cristo. La vida cristiana es vivir en Cristo o que Cristo viva en nosotros, de modo que seamos uno en él y seamos portadores de su fruto, o dicho con otras palabras, que el fruto del Espíritu se haga presente en la historia a través nuestro (cf. Gal 5, 22-23). Pero esto sólo es posible si permanecemos unidos a la Vid verdadera, a Jesús el Viviente. Él fue quien nos eligió, quien hizo de nosotros sus amigos. Todo esto supone vivir con alegría y agradecimiento, con una profunda y osada libertad. Quien está en Cristo y ora en Cristo será escuchado siempre por el Padre.

Al que no permanece en mí lo tiran fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen y los echan al fuego, y arden.» (v. 6)

Pero la buena noticia del Evangelio va siempre pareja con la advertencia del juicio; aun cuando hoy parece molestar su recuerdo. Jesús no dejó de alertar a los suyos; y nosotros somos de los suyos. El Padre arranca al sarmiento que no produce fruto y poda al que lo produce. Y ahora Jesús, con más claridad, precisa. Así se dice también en la parábola de la higuera infecunda, que no dio fruto (cf. Lc 13, 6-9). La condición para producir fruto es permanecer unido a la Vid. El que no permanece unido a él, termina en el fuego. Jesús no da precisiones sobre el juicio, se limita a alertar a los discípulos de todos los tiempos. El verbo permanecer vuelve a ser clave.

La narración avanza y Jesús, a continuación, da a conocer los signos de quien realmente permanece en él; o, si se prefiere, las condiciones para ser y permanecer como sarmientos de la Vid. Pero recalquemos cómo se repite insistentemente el verbo permanecer, hasta nueve veces en los once versículos que comentamos. En Jn 14, 10 Jesús afirma que el Padre permanece en él y así hace sus obras. El evangelista Juan reitera, una y otra vez, la mutua inmanencia del Padre y del Hijo, así como la del Hijo y sus discípulos (14, 20).

Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que deseáis, y se realizará.» (v. 7)

Jesús precisa ahora qué entraña la mutua inmanencia. Se permanece en él a condición que sus palabras permanezcan vivas y activas en los discípulos. Y sus palabras, como dijo, son espíritu y vida (cf. Jn 6, 63).

Las palabras de Jesús, en efecto, son un *principio activo* y no simples ideas o creencias. De ahí que sea necesario dejarse modelar por las palabras de Jesús, por él que es la Palabra eterna del Padre. ¿Damos plena autoridad a sus palabras en nuestras vidas? El que razona sus palabras o las encuentra demasiado duras, pronto se convierte en un sarmiento seco, aun cuando no parezca lozano exteriormente. Cristo permanece en nosotros si andamos de acuerdo con sus palabras que el Espíritu aviva en nosotros, dándonos su inteligencia y la disponibilidad para dejarnos hacer por ellas. María nos muestra la respuesta a dar: ¡Hágase en mí según tu palabra! Las palabras de Jesús permanecen vivas y operantes en el discípulo si las escucha sin razonar, las comprende, les da plena autoridad y las pone en práctica con corazón noble, generoso y perseverante (Lc 8, 15).

Y Jesús añade a continuación esta *promesa maravillosa*: «pedid lo que deseáis, y se realizará». El discípulo, que permanece en Jesús y sus palabras en él, será escuchado como Jesús fue escuchado por el Padre. La oración del discípulo comenzará siempre por la acción de gracias y la alabanza, como orase el Nazareno en el Espíritu. Su petición, llena de confianza, está atravesada por la actitud filial: «Padre, tu voluntad y no la mía».

Con esto recibe gloria mi Padre, con que deis fruto abundante; así seréis discípulos míos (v. 8)

Jesús, una vez más, nos reenvía al Padre, al labrador, que lo «plantó» en la historia de nuestro mundo. San Ireneo afirma que la gloria de Dios es «el hombre viviente», esto es, el hombre que produce el fruto del Espíritu, el fruto abundante que es «amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, lealtad, modestia, dominio de sí». El fruto del Espíritu es, en realidad, el fruto del Hijo que nos ha liberado para la libertad del amor (Gal 5, 1-25). «Porque el reino de Dios no es comida y bebida, sino justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo; el que sirve en esto a Cristo es grato a Dios, y acepto a los hombres» (Rom 14, 17-18). Y Dios quiere que este fruto sea abundante. Así el sarmiento podado da gloria al Padre de Jesús manifiesta al mundo su identidad de discípulo. ¡Por el fruto se conoce el árbol! ¡En el sarmiento da fruto la Vid!

Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. (vv. 9-10)

El Padre ama al Hijo engendrándolo para la vida en la eternidad. Pablo, en los Hechos de los Apóstoles, presenta la resurrección con estas palabras del salmo:

Y, cuando cumplieron todo lo que estaba escrito de él, lo bajaron del madero y lo enterraron. Pero Dios lo resucitó de entre los muertos. Durante muchos días, se apareció a los que habían subido con él de Galilea a Jerusalén, y ellos son ahora sus testigos ante el pueblo. También nosotros os anunciamos la Buena Noticia de que la promesa que Dios hizo a nuestros padres, nos la ha cumplido a nosotros, sus hijos, resucitando a Jesús. Así está escrito en el salmo segundo: *Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy*. Y que lo resucitó de la muerte para nunca volver a la corrupción, lo tiene expresado así: *“Os cumpliré las promesas santas y seguras hechas a David”*. Por eso dice en otro lugar: *No dejarás que tu santo experimente la corrupción*. (Hch 13, 29-35)

Jesús ama a los suyos con el mismo amor del Padre, esto es, engendrándonos para la vida y para que, permaneciendo en su amor, engendremos también para la vida, pues lo propio del amor es engendrar vida. El amor del Padre es la fuente de la vida, de él mana la vida verdadera. El Padre ha plantado la Vid verdadera.

Pero, ¿qué implica permanecer en el amor que engendra para la vida? La respuesta de Jesús es clara y trascendental: Él permanece en el amor del Padre guardando su mandato. Y este mandato del Padre, según nos dice en el evangelio de Juan, se expresan en afirmaciones como las siguientes:

El ladrón no entra sino para robar y matar y hacer estragos; yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante. Yo soy el Buen Pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas; el asalariado, que no es pastor ni dueño de las ovejas, ve venir al lobo, abandona las ovejas y huye; y el lobo las roba y las dispersa; y es que a un asalariado no le importan las ovejas. Yo soy el Buen Pastor, que conozco a las mías, y las mías me conocen, igual que el Padre me

conoce, y yo conozco al Padre; yo doy mi vida por las ovejas. Tengo, además, otras ovejas que no son de este redil; también a esas las tengo que traer, y escucharán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo Pastor. Por esto me ama el Padre, porque yo entrego mi vida para poder recuperarla. Nadie me la quita, sino que yo la entrego libremente. Tengo poder para entregarla y tengo poder para recuperarla: este mandato he recibido de mi Padre». (10, 10-18)

Todo lo que me da el Padre vendrá a mí, y al que venga a mí no lo echaré afuera, porque he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. Esta es la voluntad del que me ha enviado: que no pierda nada de lo que me dio, sino que lo resucite en el último día. Esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día». (6, 37-40)

Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre. Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna. Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. (3, 13-17)

«En verdad, en verdad os digo: veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre». (1, 51)

El mandamiento del Padre es dar vida, pero esto supone despojarse de su propia vida para comunicarla. Pues bien, Jesús, la Vid verdadera, enseña que los discípulos hemos de vivir el amor mutuo, su mismo amor, por el que nos damos unos a los otros, para comunicar vida nueva. Jesús, después de lavarnos los pies, nos dice, a nosotros, sus sarmientos: «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros: como yo os he amado, amaos también unos a otros. En esto conocerán que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros» (Jn 13, 34-35). He aquí como precisa Jesús su mandato nuevo como colofón del tema de la Vid verdadera y los sarmientos:

Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer. No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca. De modo que lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo dé. Esto os mando: que os améis unos a otros. (Jn 15, 12-17)

El «como» (KATÔS) que encontramos en estos textos no se ha de entender como una simple comparación, subraya que debemos amarnos con el amor proveniente de Dios, con el amor que el Espíritu derrama en nuestros corazones (cf. Rom 5, 5), esto es, con el amor que engendra para la vida.

Amar es darse, para dar vida. Pablo, que como una madre se daba con el evangelio, lo expresó de forma lapidaria en un texto maravilloso:

Porque nos apremia el amor de Cristo al considerar que, si uno murió por todos, todos murieron. Y Cristo murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos. (2Cor 5, 14-15)

Amar es dejar de vivir para uno mismo y vivir para Cristo y en Cristo para todos aquellos por los que Jesús vivió y murió en el amor del Padre. Esta es la obra del Espíritu en nosotros. Y así llegamos a una última palabra de Jesús:

Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud. (v. 11)

Todo cuanto Jesús nos ha dicho y revelado del Padre y del camino a seguir, no tiene otra finalidad que conducirnos a la alegría plena; pero la alegría del amor, la alegría del Espíritu, que mana de un amor incondicional. Es como si Jesús nos dijera: Ama con mi mismo amor y encontrarás la alegría en plenitud. Y en esto consiste la vida verdadera: vivir en Cristo su amor al Padre y a los hombres. Es la alegría del hijo y del hermano. Quien esté replegado sobre sí mismo, nunca gustará de ella. Por ello Pablo decía a la comunidad de los filipenses, que andaban un tanto entrampados buscando las alegrías efímeras del mundo: «Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos» (Flp 4, 4)

He aquí una oración preciosa de la liturgia: «Te rogamos, Señor Dios nuestro, que tu gracia nos ayude, para que vivamos siempre de aquel mismo amor que movió a tu Hijo a entregarse a la muerte por la salvación del mundo» (V Domingo de Cuaresma)

IV.- ORIENTACIONES PARA DAR FRUTO BUENO, ABUNDANTE Y PERENNE

Jesús nos eligió y llamó a ser sus discípulos, para que, en el mundo y a través de las realidades temporales, demos un *fruto bueno, abundante y perenne*. La Iglesia, y nosotros en ella, personal y comunitariamente, existimos para evangelizar. Verdad que concierne a todos, sea cual sea nuestra edad, límites y posibilidades de acción.

En esta perspectiva, quiero recordar que la misión de Jesús se fraguó en el amor del Padre y en el sí de la Virgen. Vio la luz en un pesebre y culminó en el madero de los malditos. Durante treinta años vivió, con total discreción, ganando el pan con el sudor de su frente. Sólo tres años dedicó a la vida pública. Conviene notarlo, pues el Evangelio de la gracia abraza la totalidad de la existencia del Hijo en la carne. Su amor obediente al Padre y su amor solidario con sus hermanos, los hombres, se revela en todas las etapas de su vida. Y esto es de suma importancia para orientar convenientemente nuestras vidas, superando tentaciones, a las que me referiré de pasada en estas breves orientaciones.

1. *El fruto no ha de confundirse con los resultados.* El discípulo no puede contemplar la realidad con ojos mundanos. La mentalidad y cultura mercantil de nuestro tiempo juzga con los criterios mercantiles de la rentabilidad. Una cierta obsesión por los resultados se ha apoderado de la sociedad y la Iglesia. Es como si no existiera espacio para la gratuidad. Pero esto no quiere decir que el discípulo no deba producir «el fruto bueno, abundante y perenne», deseado por Dios, «el fruto del Espíritu».

Dios valora el fruto, pero el fruto del amor escapa al control de la sociedad y del propio discípulo. El fruto que Dios espera de los sarmientos es el fruto de la Vid verdadera, que él plantó para dar vida, para ofrecer el vino de los tiempos mesiánicos, la alegría del banquete del Reino (cf. Is 25, 6-12). También la carne, conviene recordarlo, produce sus obras, pero estas no se adecuan necesariamente con el fruto que el Padre espera de los sarmientos de la Vid viviente.

2. *Para dar fruto abundante, bueno y perenne, hay que dejarse podar por el Padre.* Hoy como siempre nos acecha la tentación de pensar, a nivel personal y comunitario, que la fecundidad depende de nuestro hacer.

El activista (que no es lo mismo que la persona de acción) busca, en última instancia, la autoafirmación a través de sus planificaciones y actividades. De ahí brotan, tanto en la persona como en los grupos, una considerable resistencia a la obediencia y a una cierta frustración cuando se pierde protagonismo, pues ya no podemos hacer como cuando éramos jóvenes. Es muy humano, pero quizás no muy evangélico.

Pedro fue podado por el Padre, para que llevará adelante su designio de amor. Entró por el camino de la humildad a través de la dolorosa experiencia de la negación. Murió a su yo y pretensión; y renació a la libertad y audacia del hombre realmente humilde. Así escuchó de Jesús resucitado: «Otro te ceñirá y te llevará a donde no quieras» (Jn 21, 18) La poda es necesaria y el Padre la realiza de formas muy variadas. Pero siempre resulta dolorosa y desagradable para la carne. Y es la razón por la que tratamos de rehurla.

3. *Dar fruto para glorificar al Padre.* La finalidad de toda la existencia de Jesús, desde su entrada en la historia hasta el presente, no es otra que la glorificación del Padre. Ahora bien la glorificación del Padre, meditémoslo, adquirió su plenitud en la debilidad del Crucificado. En efecto, fue en la humillación, obediencia y debilidad de la cruz que mostró su amor incondicional al Padre y su amor al hombre hasta el extremo. En la debilidad fue vencida la muerte. En la debilidad del niño del pesebre y de la cruz, así como en la Eucaristía, se revela de modo especial, la fuerza y sabiduría del amor de Dios por el hombre.

Buscar la glorificación del Padre, por tanto, es siempre posible. Y de modo particular cuando somos débiles ¡Cómo cambia la vida cuando uno no busca más que glorificar al Padre en medio de la enfermedad y la debilidad! La alegría vuelve a nuestros rostros y corazones. El tentador sigue engañándonos susurrando en nuestro interior: antes hacías cosas por los demás, ahora ya no las haces. Es un engaño que lleva a una cierta tristeza y amargura. Y así se olvida que, en la muerte y en la vida, como dice el apóstol, podemos y debemos vivir para el Señor (cf. Rom 14, 1-12). Vivir para el Señor y para los demás en el amor es la condición para producir el fruto que glorifica al Labrador divino; y esto es siempre posible.

4. *La senda del amor.* La senda del amor es empinada, ya que conlleva hacerse siervo de Dios y en él de los demás. El viejo Adán, que sobrevive en nosotros, pretende ser «señor» y se resiste a ser «siervo». Es el signo de que no dejamos correr la sabia de la Vid verdadera por nuestras venas. Y así nos incapacitamos para producir el fruto del Espíritu, que es amor, alegría y paz...etc. Jesús fue el «hombre para los demás» en su condición de siervo. Y así, viviendo en comunión de amor con el Padre, produjo el fruto sobreabundante.

Ahora bien no reduzcamos el amor, con hacer cosas buenas por los demás. Amar con el amor de Cristo es darse y darse mutuamente en la comunidad. El amor divino es casto, no busca ser protagonista ni pretende dominar. Pone a Dios en el centro y en Dios también a los demás. El amor se expresa en lavarse los pies mutuamente. He aquí la vida en Cristo: «Hermanos, habéis sido llamados a la libertad; ahora bien no utilicéis la libertad como estímulo para la carne; al contrario sed esclavos unos de otros por el amor» (Gal 5, 13) En los versículos anteriores, refiriéndose a los que propugnaban las obras de la ley para salvarse, Pablo afirma: «¡El escándalo de la cruz ha quedado

anulado!» Y la cruz, conviene recalcarlo, es la expresión máxima del amor del Padre por el mundo. ¿Qué nos impide transitar por la senda del amor?

5. *Permanecer en Cristo, en su palabra y amor.* Jesús insiste: sin mí nada podéis hacer. Y la permanencia en él conlleva permanecer en su amor, esto es, recibir y dar su amor como un verdadero pobre. El sarmiento ni vive por sí mismo, ni para sí mismo. El Hijo vive en el amor del Padre, así se recibe y se da a los hermanos.

Y, por otra parte, el discípulo ha de dejar que las palabras de Jesús permanezcan activas en él. Y esto exige poner en práctica lo que el apóstol escribía a los colosenses: «La palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza; enseñaos unos a otros con toda sabiduría; exhortaos mutuamente» (Col 3, 16). No dejemos de interrogarnos: ¿Es la palabra del Señor el centro de nuestras vidas personales y comunitarias? ¿Nos situamos en torno a ella como discípulos? Existe la tentación de situarse como maestros. ¡Nuestra vocación y condición es la del discípulo! ¡No seamos clericales!

6. *La oración del discípulo por el mundo.* Un signo importante para discernir si avanzamos en unión con el Señor es verificar cómo oramos. El que ora en Cristo lo hace con la convicción de ser siempre y en todo momento escuchado.

No deja, por otra parte, de orar en favor de los demás. Se une a la intercesión incesante de Jesús resucitado ante el Padre (cf. Hb 7, 25; Rom 8, 34). La intercesión en Cristo es un verdadero privilegio. Además, lo hará de acuerdo las indicaciones del Apóstol: «Cantad a Dios, dando gracias de corazón, con salmos, himnos y cánticos inspirados. Y todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre de Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él» (Col 3, 17) Es muy importante orar en Cristo, dejar que el Viviente siga orando en nosotros. La intercesión, si es como la de María, lleva a vivir descentrado de uno mismo, a fin de glorificar al Padre y servir al hermano, pero también acogiendo su servicio: la dignidad de la persona implica recibir y dar amor.

7. *La alegría del discípulo.* Jesús, como recuerda el relato de las bodas de Caná, aporta el vino sobreabundante de la alegría. Se han cumplido los tiempos mesiánicos. La alegría es fruto de la Vid y, por ello mismo, del Espíritu. Una alegría pascual, muy diferente al jolgorio y pasatiempos falaces del mundo.

El discípulo está llamado a evangelizar contagiando la verdadera alegría, la esperanza gozosa, la esperanza que no defrauda, pues el Espíritu derrama el amor en nuestros corazones (cf. Rom 5, 5). Pero, y volvemos a la cuestión anterior, es preciso que las palabras de Cristo permanezcan en nosotros. La acogida y anuncio de la Palabra crea comunión y es fuente de alegría, pues nos introduce en la vida misma de la Trinidad santa. Así lo expresó de forma sugestiva el Papa Benedicto XVI, comentando 1Jn 1, 4.

«El anuncio de la Palabra crea *comunión* y es fuente de *alegría*. Una alegría profunda que brota del corazón mismo de la vida trinitaria y que se nos comunica en el Hijo. Una alegría que es un don inefable que el mundo no puede dar. Se pueden organizar fiestas, pero no la alegría. Según la Escritura, la alegría es fruto del Espíritu Santo (cf. Ga 5,22), que nos permite entrar en la Palabra y hacer que la Palabra divina entre en nosotros trayendo frutos de vida eterna. Al anunciar con la fuerza del Espíritu Santo la Palabra de Dios, queremos también comunicar la fuente de la verdadera alegría, no de una alegría superficial y efímera, sino de aquella que brota del ser conscientes de que sólo el Señor Jesús tiene palabras de vida eterna (cf. Jn 6,68).

Mater Verbi et Mater laetitiae

124. Esta íntima relación entre la Palabra de Dios y la alegría se manifiesta claramente en la Madre de Dios. Recordemos las palabras de santa Isabel: «Dichosa tú, que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá» (Lc 1,45). María es dichosa porque tiene fe, porque ha creído, y en esta fe ha acogido en el propio seno al Verbo de Dios para entregarlo al mundo. La alegría que recibe de la Palabra se puede extender ahora a todos los que, en la fe, se dejan transformar por la Palabra de Dios. El *Evangelio de Lucas* nos presenta en dos textos este misterio de escucha y de gozo. Jesús dice: «Mi madre y mis hermanos son estos: los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen por obra» (8,21). Y, ante la exclamación de una mujer que entre la muchedumbre quiere exaltar el vientre que lo ha llevado y los pechos que lo han criado, Jesús muestra el secreto de la verdadera alegría: «Dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen» (11,28). Jesús muestra la verdadera grandeza de María, abriendo así también para todos nosotros la posibilidad de esa bienaventuranza que nace de la Palabra acogida y puesta en práctica. Por eso, recuerdo a todos los cristianos que nuestra relación personal y comunitaria con Dios depende del aumento de nuestra familiaridad con la Palabra divina. (Ap 3,20). (VD 123-124)

En efecto, participar en la vida de Dios, Trinidad de Amor, es alegría completa (cf. 1 Jn 1,4). Y comunicar la alegría que se produce en el encuentro con la Persona de Cristo, Palabra de Dios presente en medio de nosotros, es un don y una tarea imprescindible para la Iglesia. En un mundo que considera con frecuencia a Dios como algo superfluo o extraño, confesamos con Pedro que sólo Él tiene «palabras de vida eterna» (Jn 6,68). No hay prioridad más grande que esta: abrir de nuevo al hombre de hoy el acceso a Dios, al Dios que habla y nos comunica su amor para que tengamos vida abundante (cf. Jn 10,10). (VD 2)

Conclusión

Hoy, como siempre, debemos recordar que la Iglesia existe para evangelizar, esto es, para llevar al corazón de las personas, pueblos y cultura, la Buena Nueva del Evangelio de Dios. Extraídos de la cantera del mundo, por el amor inconmensurable del Dios uno y trino, somos enviados al mundo para ofrecer a todos los frutos buenos, abundantes y perennes de la Vid verdadera. En esto consiste ser discípulos de Cristo Jesús. La existencia de Jesús, el Siervo, nos muestra el camino de la «pro-existencia»: vivir para Dios en comunión y obediencia filial y para los demás en solidaridad fraterna desde la comunión con Dios.

Ahora bien, el fruto bueno, abundante y perenne, conviene recordarlo una vez más, viene de la gracia y de un proceso largo y complejo. No lo olvidemos. Son necesarios los días y las noches, así como las diferentes estaciones, para que la viña produzca el fruto que alegra el corazón de los hombres. Y para elaborar el vino, como lo contemplamos en la historia del Verbo encarnado, es preciso pasar por el lagar de la cruz. El grano de trigo, para que llegue a convertirse en pan, debe pasar por el molino y la harina amasada, por el horno a fin de que se convierta en buen pan.

Es pura ingenuidad olvidar los procesos por medio de los cuales avanza la historia de la humanidad hacia su plenitud. El discípulo está llamado a caminar en la dependencia del Creador y Salvador de la humanidad. Los caminos y tiempos de Dios no corresponden necesariamente con los nuestros, como recordó el profeta Isaías a un pueblo impaciente. Es propio de la fe ser receptiva, recibir libre y activamente los designios de Dios. Cuando decimos «yo quiero» esto o aquello, aun cuando lo que queremos sea bueno y noble en sí mismo, olvidamos la verdadera actitud del discípulo de Jesucristo, el cual, entrando en el mundo, dijo con el salmista: «*Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me formaste un cuerpo; no aceptaste holocaustos ni víctimas expiatorias. Entonces yo dije: He aquí que vengo*

-pues así está escrito en el comienzo del libro acerca de mí- para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad.» (Hb 10, 5-7) Jesús, la Vid verdadera plantada por el Padre, no pone condiciones, asume obedientemente la voluntad salvadora de quien lo envía.